

RESEÑA DE LA TRILOGÍA SOBRE
LA CHINA DE MAO ZEDONG
de Frank Dikötter
(Bloomsbury Publishing, 2017)

JORDI FRANCH PARELLA

Frank Dikötter, profesor de la Universidad de Hong Kong, nos ofrece en su trilogía sobre la China comunista de Mao Zedong el más conmovedor estudio de una de las mayores tragedias de la humanidad. Un demoledor testimonio histórico de la imposibilidad de organizar una sociedad a base de mandatos, sin la existencia de precios ni mercados, usurpando el Estado la propiedad privada y colectivizando los medios de producción. La obra, editada por Bloomsbury Publishing en 2017, está formada por tres volúmenes: *The Tragedy of Liberation* (vol. 1, publicado en 2013), *Mao's Great Famine* (vol. 2, publicado en 2010) y *The Cultural Revolution* (vol. 3, publicado en 2016). El segundo volumen fue merecedor del Premio Samuel Johnson. El estudio de la etapa maoísta adquiere una especial relevancia en el momento de escribir estas líneas, en pleno ataque de la Rusia de Vladímir Putin sobre Ucrania. La República Popular de la China emerge como el país más beneficiado por el conflicto bélico. El acceso a los enormes recursos naturales rusos, especialmente petróleo y gas, aunque también minerales, el acercamiento del eje Pequín-Moscú y las sanciones impuestas a Vladímir Putin por el mundo occidental, contribuirán a la intensificación de las relaciones comerciales y financieras entre estos dos países. China se convierte en el país más beneficiado por el conflicto, del que emerge con renovado protagonismo geopolítico, y verá reforzadas sus opciones de desbancar la superpotencia norteamericana en un entorno mundial más polarizado. Es necesario recordar, como se pone de manifiesto en la trilogía reseñada, que los EUA han luchado sin éxito contra China, sin conseguir la victoria, en tres importantes conflictos bélicos: en la etapa de guerra civil con el largo enfrentamiento entre las tropas nacionalistas

de Chiang Kai-shek y las comunistas de Mao Zedong (1927-1949), en la guerra de Corea (1950-1953) y en la guerra de Vietnam (1955-1975), donde el gobierno comunista de Vietnam del Norte contaba con el apoyo de China. El estudio de la etapa maoísta de China ofrece un testimonio sobrecogedor del que se extraen importantes lecciones que mantienen su interés y vigencia.

The Tragedy of Liberation (1945-1957, vol. I)

Dikötter afirma que la historia de la revolución comunista china es una historia de terror calculado y violencia sistemática. Revisa los archivos y reproduce las discusiones entre Mao y sus oficiales acerca de las cuotas de ejecutados para cada ciudad y provincia, que se elevan a millones. El apoyo masivo de la Unión Soviética, que invadió Manchuria en 1945, determinó el resultado de la guerra civil entre comunistas y nacionalistas. Después del triunfo de Mao Zedong en septiembre de 1949 y de la derrota de los nacionalistas liderados por Chiang Kai-shek, el nuevo régimen llegó al poder con promesas de paz pero entró en la Guerra de Corea menos de un año después de la 'liberación'. Hasta tres millones de personas fueron enviadas a luchar en Corea y la guerra se cobró cientos de miles de vidas.

La población fue clasificada en diferentes clases según se presumiese su lealtad a la revolución. Así, las clases buenas («good classes») estaban formadas por los soldados y mandos del ejército comunista, los revolucionarios mártires muertos en combate, los obreros y los campesinos más humildes. Las clases medias («middle classes») las integraban los intelectuales y profesionales, los campesinos medios y pequeña burguesía. Finalmente, las malas clases («bad classes») las constituían los propietarios agrícolas y capitalistas. Los comunistas armaron las masas mayoritariamente con armas blancas y, en ocasiones, armas de fuego. Todos debían identificarse de algún modo: los propietarios agrícolas con un trozo de ropa blanco, rosa los comerciantes ricos, amarillo los campesinos medios y rojo los más pobres. Uno a uno los enemigos de la revolución eran arrastrados a un estrado público donde eran denunciados como traidores por la muchedumbre, humillados y

ridiculizados, golpeados y ejecutados en las «sesiones de lucha» («struggle sessions»). La tierra fue nacionalizada y repartida entre la población, requiriendo el partido comunista un objetivo de producción irreal que mayormente no se conseguía nunca. Los productos agrícolas, requisados por agentes del gobierno («cadres»), se intercambiaban por manufacturas, vehículos y petróleo de la Unión Soviética. Aparecieron las primeras hambrunas y se contaron por miles las muertes por inanición.

El autor relata la experiencia de Deng Xiaoping en la colectivización de la tierra en Anhui. Las masas sometieron a «sesiones de lucha» a los propietarios y los ejecutaron. Pero ello creó el recelo de que los parientes de las víctimas se vengaran de los verdugos, de manera que la lista de ejecuciones crecía incesantemente hasta la aniquilación. En contraste, la reforma agraria en Corea y Japón dirigida por el general Douglas MacArthur entre 1945 y 1950 fue incruenta. A diferencia de la Unión Soviética, donde fue la estructura del partido comunista el que aniquiló los kulaks o propietarios rurales, Mao promovió la guerra de los campesinos contra los propietarios. Y fueron los campesinos los que eliminaron a los propietarios en las «sesiones de lucha». Implicando a toda la población en los asesinatos podría el partido ejercer un control total sobre la sociedad. El resultado de la colectivización de la tierra fue el desplome de la productividad. Pero, añadido a la falta de producción agraria y hambre, se fortaleció el valor de exaltación de la pobreza. El partido proclamaba que «ser pobre es glorioso». A finales de 1951, 10 millones de propietarios habían sido expropiados y el número de víctimas superó los 1,5-2 millones entre 1947 y 1952. Mao fijó una cuota de ejecuciones entre el 1 y 2 por mil de la población. Cuando la ratio de asesinatos llegaba al 2 por mil, el líder comunista prescribía cadenas perpetuas e internamientos en campos de trabajo. En la provincia de Guizhou, donde la población se resistió a la colectivización, la ratio de ejecuciones fue del 3 por mil y, en Liuzhou, del 5 por mil. Los mandos del partido, por temor a las represalias, tendían a ejecuciones por exceso más que por defecto. Sólo en Manchuria, que había padecido previamente los horrores de la guerra civil, se rebajó la ratio de asesinatos al 0,5 por mil en 1951. Se estima que entre 2 y 5 millones de propietarios fueron asesinados entre 1947 y 1953.

TABLA 1. EJECUCIONES REGISTRADAS EN SEIS PROVINCIAS
(OCTUBRE 1950-NOVIEMBRE 1951)

<i>Provincia</i>	<i>Total de muertos</i>	<i>Ratio (por mil)</i>
Henan	56.700	1,67
Hubei	45.500	1,75
Hunan	61.400	1,92
Jiangxi	24.500	1,35
Guangxi	46.200	2,56
Guangdong	39.900	1,24
Total	301.800	1,69

Fuente: Luo Ruiqing, Shaanxi.

El 14 de febrero de 1950 se firmó el Tratado de Amistad, Alianza y Asistencia Mutua entre la República Popular China y la URSS. Mao viajó a la Unión Soviética para firmar el tratado después de que se hubieran concluido los detalles, una de las dos veces en su vida que viajó fuera de China. El tratado no impidió que las relaciones entre Pekín y Moscú se deterioraran drásticamente a finales de los años cincuenta y principios de los sesenta, en el momento de la ruptura sino-soviética. Las diferentes visiones que ambos países tenían acerca de la colaboración mutua provocarían un conflicto creciente. Mientras que Stalin consideraba válido tratar a China como un nuevo satélite de la URSS, al estilo de los países de Europa Oriental, los dirigentes chinos deseaban un trato en condiciones de igualdad. No en vano, uno de los objetivos de la lucha comunista en China había sido liberar al país de la histórica sumisión a las potencias extranjeras que se remontaba al siglo XIX. La ayuda de la URSS a la República Popular China fue considerada como mezquina por el propio Mao, a quien ya

Stalin había tratado de modo paternalista y condescendiente en su primera visita a Moscú en diciembre de 1949.

De norte a sur, las autoridades requerían exterminar las llamadas «cinco pestes»: moscas, mosquitos, pulgas, chinches y ratas. En Beijing cada individuo debía presentar una cola de rata a la semana.

Los que excedían la cuota eran distinguidos con una bandera roja en la puerta de su casa, y una bandera negra para los que no cumplían. Rápidamente proliferaron las granjas de roedores y se desarrolló también un mercado negro con las colas de estos mamíferos. Mao mantuvo toda su vida el fanatismo contra toda forma de vida burguesa, alentando la población a denunciar los traidores de la revolución. Esto provocó una cascada de falsas acusaciones, muchas motivadas por la envidia. De nuevo, el «Gran Timonel» estableció una cuota de ejecuciones a las denuncias, muchas de ellas arbitrarias. Aproximadamente, el 1% serían ejecutados, otro 1% enviados a campos de trabajo, y un 2-3% encarcelados durante 10 o más años. Esta vorágine de denuncias paralizó el comercio y la industria. La producción de ropa descendió a la mitad, el transporte de mercancías se desplomó y algunos obreros vieron sus ingresos reducirse a solo un tercio de los 50 yuanes mensuales anteriores a la campaña.

En noviembre de 1953 se oficializó el monopolio público de la producción agrícola con el objetivo de alimentar la población urbana e impulsar la industrialización. Los agricultores debían vender todo el grano a los precios determinados por el gobierno en cooperativas dirigidas por el Estado. El resultado fue la generalización de las hambrunas y la caída de la producción. Los granjeros preferían matar su ganado antes que permitir su colectivización y, arriesgando sus vidas, escondían arroz y trigo que intentaban vender en el mercado negro. El procedimiento del monopolio público de la producción agrícola era el siguiente. El sistema estimaba la producción por hectárea de manera irreal, muy por encima de la realidad y alentado por presiones políticas. A esta cantidad se deducía la cantidad de grano necesaria para alimentar cada persona, la simiente necesaria para la siguiente plantación y los impuestos. La cantidad resultante se consideraba excedente y se vendía al Estado a los precios fijados por éste. Dado que, como decimos, se partía de producciones estimadas muy irreales, la cantidad final era insuficiente para alimentar los campesinos y asegurar la próxima cosecha. Para proporcionar el mínimo de subsistencia (1.700-1.900 calorías diarias) se requiere de 23 a 26 kilos de grano al mes. La cantidad de trigo disponible por persona era frecuentemente la mitad de este mínimo vital y para sobrevivir

se necesitaba comprar al Estado en base a un sistema de puntos que se conseguían haciendo labores comunitarias como amontonar estiércol o vigilar el ganado.

Los mandos del partido reprimían con brutalidad cualquier oposición. Para acreditar su labor ante los superiores, los mandos no prestaban atención a la conservación del grano en los almacenes ni a su buen estado de conservación, sino al peso total del mismo. Era frecuente la práctica de humedecer el grano esparciendo agua a la producción requisada. El resultado era que buena parte del mismo se echaba a perder. Antes de la liberación comunista, cada campesino disponía de una producción media de 300 kg anuales de trigo. Después de ella, menos de 180 kg. Finalmente, se impidió la libertad de movimientos y migración de los campesinos, atándolos a la tierra para asegurar mano de obra barata en las cooperativas. La liberación comunista significó la pérdida de la propiedad privada y de la propia vida en muchos casos, la destrucción de la familia con la dispersión de sus miembros en lugares distantes, la malnutrición y la pérdida de la libertad de movimiento. Y los intelectuales como Liang Shuming que criticaban las condiciones infernales de la vida campesina eran considerados contrarrevolucionarios. Las parcelas de tierra para uso personal de los campesinos no superaban el 5% de toda la superficie.

La colectivización de la actividad económica fue total. En la agricultura, pero también la industria y el comercio. Las fortunas de algunas familias, acumuladas a lo largo de generaciones, se evaporaron de la noche al día. Los pequeños comerciantes se arruinaron. Muchos utilizaban la tienda como vivienda, pagando los gastos de sustento con el efectivo en caja. Sus posesiones personales les fueron sustraídas, incluyendo sartenes e incluso la cuna del bebé. Los que pudieron continuar la actividad como empleados del Estado recibían 20 yuanes mensuales, insuficientes para la subsistencia. El nuevo régimen no dudaba en castigar severamente faltas leves. De 5 a 10 años de prisión por robar unos pantalones o una bicicleta y más de 10 años en caso de cometer actos contrarrevolucionarios. Éstos incluían actividades tan diversas como escuchar una radio extranjera, haber trabajado en una organización civil antes de la revolución, o no rendir lo suficiente en el trabajo. Los condenados a trabajos forzados en campos de reeducación oscilaban alrededor de

los 2 millones. En 1955, contribuyeron al Estado con productos industriales a un coste de 700 millones de yuanes y una producción agrícola de 350.000 toneladas. El lema de Mao, visible en múltiples carteles y escrito en caracteres blancos sobre fondo rojo, era «Servir al pueblo».

TABLA 2. CONSUMO MEDIO ANUAL EN WUHAN, 1937-57.

<i>Wuchang Power Engine Factory</i>	<i>Grain (kilos)</i>	<i>Pork (kilos)</i>	<i>Oil (kilos)</i>	<i>Cloth (metres)</i>	<i>Housing (square metres)</i>
1937	172	6,7	5,9	7,2	4,6
1948	197	6,6	4,1	4,6	3,9
1952	151	7,8	9,3	6	4,4
1957	127	5	3,9	4,7	4,1

Fuente: Hubei. No se incluyen los incrementos de precios y rentas 1952-1957.

En febrero de 1956, tras la muerte de Stalin, Nikita Khrushchev pronuncia el célebre discurso crítico con el comunismo y sus excesos. Fue el momento de la verdad, una limpieza de la brutalidad del estalinismo desde dentro. Este discurso despertó la enemistad entre la China de Mao y la URSS porque le permitió a Mao reclamar la corona del liderazgo revolucionario comunista mundial. La respuesta de Mao a Khrushchev se produjo en febrero de 1957, justo un año después, con la consigna «permitir que 100 flores florezcan, que 100 escuelas de pensamiento compitan». La campaña fue una trampa política, puesto que Mao procuró que saltasen aquellas voces más críticas contra su régimen, para luego acallarlas mediante una persecución y represión implacables. La idea era que los intelectuales discutiesen acerca de los problemas prácticos del país, para así promover reformas institucionales en la línea que Mao propugnaba. Pero cuando arreciaron las críticas contra el partido comunista chino, la corrupción entre los mandos o el malestar por el bajo nivel de vida de la población, Mao ordenó que la campaña se detuviese inmediatamente. Mao sintió su poder bajo amenaza y se

ratificó férreamente en la ortodoxia y disciplina partidaria. La campaña condujo finalmente a una enorme pérdida de los derechos individuales, en particular de los intelectuales chinos formados en las escuelas occidentales. Más de medio millón de personas identificadas como desviacionistas fueron humilladas, encarceladas, degradadas en sus puestos o despedidas, mandadas a campos de «reeducación», torturadas o asesinadas. Todas las promesas hechas por los comunistas se habían incumplido y se habían eliminado los derechos básicos del hombre y la mujer a la vida, propiedad, comercio, expresión, movimiento, asociación y creencia.

Mao's Great Famine (1958-1962, vol. II)

En noviembre de 1957, después de que el dirigente soviético Khrushchev denunciara los excesos del estalinismo, éste afirmó solemnemente que la URSS superaría la producción total de los EUA en un plazo de quince años. Mao no quiso quedarse atrás y, en otro ataque de vanidad, dijo que China haría lo propio con el Reino Unido. El Gran Salto Adelante, bajo la presidencia de Mao Zedong y con el objetivo de transformar la tradicional economía agraria china a través de una rápida industrialización, había comenzado. El culto a la figura de Mao y la confianza que el pueblo sentía hacia él, llevó a los campesinos a un paroxismo colectivo. Para el despegue agrario se concibe una forma de organización de mayor dimensión que la cooperativa: la comuna. Se suprimen 740.000 cooperativas tipo koljós y se sustituyen por 23.500 comunas, unidades económicas auto-suficientes, en cada una de las cuales se integran alrededor de 5.000 familias. Mientras la cooperativa se ocupaba exclusivamente de tareas agrícolas, la comuna afronta objetivos más amplios, acometiendo obras públicas, infraestructuras agrarias como diques de contención fluvial, canales de riego, pantanos, instalando unidades productivas manufactureras, organizando la distribución de los productos y realizando también servicios militares. Sus miembros abandonan el lote privado y toda propiedad pasa a ser colectiva: la casa, los instrumentos de trabajo, los árboles frutales; en este proceso desaparece incluso el carácter privado de muebles y utensilios de cocina.

La administración de la comuna ofrece a sus miembros gratuitamente instituciones de vida en común como comedores, escuelas y guarderías. Con un aparato propagandístico colosal se infunde en los chinos el sentimiento de que se lucha al mismo tiempo contra el capitalismo y contra las fuerzas de la naturaleza. Se pensaba transitar, mediante las comunas, de la sociedad socialista a la comunista, en la que ya no existiría ningún resquicio de propiedad privada y podría aplicarse el lema «de cada uno según sus capacidades, a cada uno según sus necesidades». El objetivo era pasar de una producción de 350 millones de toneladas de cereales en 1958 a 525 millones en 1969. Pero la realidad fue otra completamente distinta: de 200 millones de toneladas se pasó a 160 millones en 1960 y 180 millones en 1961. Se eliminó todo vestigio burgués y contrarrevolucionario. Se puso énfasis en destruir la propia unidad familiar enviando el padre de familia a trabajar en lejanos proyectos de infraestructuras, la madre a cultivar el campo y los hijos creciendo con otras personas ajenas al núcleo familiar original. Las tradiciones y las normas morales sedimentadas por el tiempo se debilitaron grandemente, generalizándose los abusos a niños y mujeres o el maltrato y muerte a los ancianos.

Los campesinos fueron objeto de una colectivización obligatoria y se les exigía la producción de acero en pequeños hornos. El acero producido por estos hornos artesanales era en gran parte inservible y de pésima calidad. Mientras tanto, una cantidad de cosechas se pudrían por falta de mano de obra. La producción de acero fue de 5,35 millones de toneladas en 1957. El objetivo para 1958 se elevó a 6,2 millones en el mes de febrero, 8,5 millones en mayo, 10,7 millones en junio y 12 millones en septiembre. Mao estaba convencido de que China igualaría la producción de la URSS en 1960 y que sobrepasaría la de USA en 1962 con una producción de 100 millones de toneladas. Sobrepasar al Reino Unido, de esta guisa, resultaría muy fácil. La realidad, sin embargo, fue otra completamente distinta. En base a un informe del Ministerio de Metalurgia, para producir 1 tonelada de acero con un horno doméstico se requerían 4 toneladas de carbón, 3 toneladas de mineral de hierro y entre 30-50 días de trabajo. El coste era muy superior al de cualquier horno moderno occidental. Y con el agravante de que, debido a su calidad ínfima, menos del 30% de la producción

era aprovechable. La producción industrial básica de acero era muy ineficiente y antieconómica. El precio de venta oficial fijado por el Estado estaba en 250 yuanes la tonelada de acero, pero los costes eran de 1.226 yuanes.

La hambruna no duró tres años, como suele pensarse, sino al menos cuatro años, comenzando a principios de 1958 y terminando a fines de 1962. La producción de alimentos fue sobredimensionada con finalidades políticas. Las autoridades locales manipulaban las cifras para satisfacer al gobierno de Pekín y éste aceptaba las proyecciones optimistas para evitar toda autocrítica. La producción obtenida se exportaba a la URSS para pagar la deuda, importar manufacturas y el resto era destinado a la población urbana. Como consecuencia de la manipulación de las cuotas de producción cada vez mayores de las comunas campesinas, muchos se quedaron sin sustento para su propia subsistencia. La consecuencia fue la muerte por millones. A los oficiales del partido les importaba más requisar y cumplir con la entrega de grano que impedir las muertes por inanición. En Xinyang, la gente moría de hambre delante de los almacenes de grano. Mao se negó a abrir los graneros mientras descartaba la escasez de alimentos y acusaba a los campesinos de esconder parte de la cosecha. Al mismo tiempo, China se embarcó en una dinámica de importaciones y el primer ministro Zhou Enlai, con el respaldo de Mao, presionaba sin descanso al campo para cumplir con los compromisos de pago extranjeros. Incluso, en el paroxismo de la mala asignación de recursos, China enviaba cereales gratis a países aliados en medio de la gran hambruna. La producción de grano en China cayó un 15% anual y en 1960 estaba en el 70 % del nivel de 1958.

Una de las prácticas agrarias implantada fue la plantación cercana, por la cual la densidad de plantas de semillero fue triplicada. La teoría era que las plantas de la misma especie no competirían una con otra. En la práctica este problema atrofió el crecimiento y causó producciones inferiores. Otra política fue arar el suelo con mayor profundidad, hasta 1 ó 2 metros, creyendo que el suelo más profundo sería más fértil. Sin embargo, se subieron a la superficie piedras y arena, mientras se sepultaba la tierra vegetal más rica de la capa superior. El resultado fue un empobrecimiento de la fertilidad del suelo. Muchas herramientas de trabajo agrícola se destruyeron

para producir acero inservible. La productividad del trabajo disminuyó con la destrucción de bienes de capital y se dilapidaron los recursos. Muchos trabajadores de las comunas no podían trabajar el campo, porque se asignaban a otros proyectos como la construcción de embalses, fábricas locales o proyectos de irrigación. La producción real de grano en 1958 fue de 200 millones de toneladas, pero la producción oficial del régimen era de 410 millones. Las requisas alimentarias provocarían la peor hambruna de la historia humana. Antes de llegar a la muerte por inanición, la ingestión de cualquier objeto fue válida para saciar el hambre: hierbas y raíces, cortezas y fragmentos de ropa, animales de cualquier tipo («When people were not eaten by rats, rats were eaten by people, dead ones sometimes being fished out of cesspits», p. 284), incluso tierra que se secaba en los intestinos provocando una muerte muy dolorosa, y también carne humana en diversos casos documentados de canibalismo.

Dentro del ambicioso paquete de medidas gubernamentales que pretendía estimular la productividad de la agricultura y el sector industrial, Mao lanzó una cruzada contra cuatro animales «enemigos de la revolución»: gorriones, moscas, ratas y mosquitos. La inclusión de los gorriones obedecía a que, según el comité de expertos, un gorrión comía de media cuatro kilogramos y medio de grano al año. Se estimó que si se exterminase un millón de gorriones se podría alimentar a sesenta mil personas. Se animó a la población a realizar todo tipo de ruido con sartenes, tambores y ollas con el fin de ahuyentarles y agotarles, instando a la destrucción sistemática de todos sus nidos. El Estado también contribuyó al exterminio esparciendo toneladas de pesticidas de forma masiva e indiscriminada en los campos de cultivo. Se consiguió aniquilar mil quinientos millones de ratas, más de veinticuatro millones de mosquitos y mil millones de gorriones. Todo un éxito, si no fuese por una consecuencia no deseada y no prevista por las autoridades. Y es que con la desaparición de los gorriones, los insectos y las langostas proliferaron devastando todo lo que encontraban a su paso.

Las exportaciones chinas, necesarias para la importación de maquinaria y tecnología, no reunía la calidad mínima requerida. La carne exportada a la URSS estaba contaminada con bacterias, las latas de cerdo oxidadas y los zapatos tenían taras. El papel exportado a Hong Kong era inservible, las baterías vendidas a Irak

goteaban y una quinta parte del carbón vendido a Suiza eran piedras. Los huevos enviados a Alemania tenían salmonela y un tercio de las calabazas vendidas a Marruecos estaban infestadas de insectos. Una contribución no desdeñable a la producción interna provenía de los campos de trabajo forzado (*laogai* y *laojiao*) donde los prisioneros se reeducaban mediante el trabajo en minas y canteras, el campo y la industria. Se estima que en 1960, y excluyendo el Tíbet, alcanzaban los 1,8-2 millones en los *laogai* y 6-8 millones en los *laojiao*. Alrededor de 3 millones murieron en los gulags chinos durante la gran hambruna. La violencia estaba generalizada a todos los niveles sociales en proporciones difíciles de imaginar. Y la humillación era la compañera habitual del dolor. Los escarnios eran habituales, mostrando al reo en ocasiones desnudo, sometiéndolo a «sesiones de lucha» con el sombrero aconado y un letrero colgado del pecho, la cara pintada de negro y la cabeza rapada. El castigo comprendía en ocasiones ser sepultado en vida o utilizar el cadáver como fertilizante. El sistema glorificaba la violencia. En palabras de Li Jingquan, que comparaba el Gran Salto Adelante con la Larga Marcha: «We are not weak, we are stronger, we have kept the backbone». Los límites a la violencia como la religión y la ley, la comunidad y la familia, fueron suprimidos. La revolución continua, como defendía Mao, precisaba sacrificar continuamente vidas humanas al altar del comunismo. Y como decían los cuadros del partido: «There are so many people working, it doesn't matter if you beat a few to death».

TABLA 3. PRODUCCIÓN INDUSTRIAL EN HUNAN
(MILLONES DE YUANES)

1957	1958	1959	1960	1961	1962
1.819	2.959	4.023	4.542	2.426	2.068

Fuente: Frank Dikötter, p. 153.

Hasta el 30 o 40 por ciento de las viviendas se convirtieron en escombros, ya que las casas fueron derribadas para hacer fertilizante, construir comedores, enderezar caminos o simplemente castigar a sus ocupantes. A las necesidades de vivienda, se sumaba

una provisión de alimentos de 13-15 kg. de grano mensual per cápita, muy por debajo de los niveles de subsistencia mínimos de 30 kg. El excedente extraído por el Estado llegó a porcentajes máximos y la distribución del mismo colapsó. Las ratas y los insectos proliferaban en los almacenes y el transporte era inoperativo por falta de combustible. Dikötter añade también la falta generalizada de ropa: «Throughout the country those who died of starvation often did so naked, even in the middle of the winter» (p. 141). Había una gran división entre el campo y la ciudad, pero también entre la población ordinaria y los miembros del partido. Y, dentro del partido, una elaborada jerarquía determinaba los privilegios a los que tenían acceso los cuadros del partido, como cantidad de grano, azúcar, aceite, carne, pescado, fruta, vivienda, sanidad y acceso a la información. En el nivel superior, los líderes tenían residencias con vigilancia permanente, coches con chófer, tiendas especiales y alimentos analizados antes de servir. Por encima de todos estaba Mao, que disfrutaba de una vida opulenta. Para sobrevivir, los cuadros del partido y los funcionarios no dudaban en cobrar sobornos en contrapartida a cualquiera de los muchos trámites administrativos. También era frecuente que los cuadros locales hinchasen artificialmente el número de trabajadores para apropiarse de su ración y que no se declarasen las defunciones con idéntico fin. Por lo que respecta a los trabajadores, evitar cualquier esfuerzo era básico para intentar salvar la vida. En la ciudad, los obreros dormían o se ausentaban del trabajo cuando no eran directamente supervisados por los mandos. Y en el campo, los campesinos dejaban los precarios útiles cuando los cuadros no estaban a la vista. Siempre que podían, desgranaban el cereal poco maduro para poder ingerir algún alimento. El poder sobrevivir o no dependía de ello.

Mao recibió numerosos informes de los cuadros del partido y cartas de los ciudadanos alertando de la catástrofe, pero ni se inmutó. Permaneció inflexible en la búsqueda de la utopía. Del mismo modo que en una guerra se pasan fatalidades y se pierden batallas para lograr la victoria final, el dictador consideraba que aquellos leves infortunios temporales no eran nada comparados con los logros eternos que se conseguirían. En su opinión, era mejor que la mitad de la población muriese para asegurar el sustento de la otra mitad. En la moral maoísta, el fin justifica cualquier

medio. En este sistema de planificación centralizada, las órdenes se imponían de arriba a abajo de manera implacable. La idea de que el Estado tomó por error demasiado grano del campo porque asumió que la cosecha era mucho mayor de lo que era en realidad, es en gran medida un mito. El partido sabía muy bien que estaba matando de hambre a su propia gente. Para sobrevivir, todos tuvieron que esconder o robar, engañar o burlar al Estado. El castigo, si se descubría el culpable, era muy severo. En Luoding, el cuadro local Qu Bendi golpeó hasta la muerte a un niño de ocho años que había robado un puñado de arroz. En ocasiones, se obligaba al padre que ejecutase a su propio hijo. Pronunciar la palabra «hambri» estaba prohibido. Se hablaba de «desastres naturales» o «dificultades temporales». Las autoridades chinas engañaron a visitantes occidentales como el socialista francés François Mitterrand o el británico John Temple, a quienes mostraron comunas modélicas ficticias y ocultaron la tragedia real.

Frank Dikötter estima que al menos 45 millones de personas murieron de hambre. Registra casos de canibalismo humano. Entre 2 y 3 millones de personas fueron enterradas vivas, torturadas o golpeadas hasta la muerte. Muchas víctimas murieron porque los cuadros locales les privaron de comida de forma deliberada. Los motivos podían ser tan diversos como arrastrar los pies, ser denunciado por alguien o simplemente no ser del agrado de la autoridad local. También muchas personas desaparecieron al ser demasiado viejas, débiles o enfermas para trabajar y ser consideradas prescindibles por el Estado. Mao y otros líderes de alto nivel se mostraron impertérritos al tener conocimiento de la cifra de muertes.

Los estudios detallados muestran también que la deforestación, los proyectos de obras ejecutados y los grandiosos planes de riego perturbaron gravemente el equilibrio ecológico, empeorando el impacto de las inundaciones y sequías descritas por los líderes como «catástrofes naturales». Muchos proyectos, como presas y canales, realizados con gran coste económico y humano quedaron en su mayor parte inutilizados o destruidos, provocando deslizamientos de tierra, sedimentación de ríos, salinización del suelo e inundaciones devastadoras. La mayoría de las inundaciones durante la hambri no se debieron a un clima inusual, sino al sistema de riego masivo, mal planificado y mal ejecutado que se construyó durante el

Gran Salto Adelante. La sequía de 1960 no era infrecuente y su gravedad era menor que la de otros años.

En febrero de 1962, el Gran Salto Adelante fue declarado finiquitado por el gobierno chino durante la «Conferencia de los 7.000 Cuadros». El fracaso llevó a Mao a retirarse de la toma activa de decisiones dentro del gobierno, entregando la presidencia de la República a Liu Shaoqi y cediendo más responsabilidad a Deng Xiaoping. Algunas reformas económicas lideradas por Liu Shaoqi y Deng Xiaoping iban en la dirección de permitir el libre mercado en cierto grado, pero a Mao no le gustaron estas reformas ni tampoco las críticas a su persona. Durante la Revolución Cultural, que ya estaba en ciernes en la mente de Mao, Liu Shaoqi fue acusado de ser un «traidor». Deng Xiaoping fue acusado de ser un «compañero de ruta capitalista». En el XVII Congreso del Partido Comunista de la URSS, celebrado en Moscú el año 1934, las críticas contra Stalin arreciaron. Durante los años siguientes, Stalin ejecutó o envió a los gulags más de 1.000 de los delegados presentes en el llamado «Congreso de los Victoriosos». De manera parecida, Mao hizo lo propio después de la «Conferencia de los 7.000 Cuadros». Liu Shaoqi, segundo Presidente de la República Popular China, atribuyó la hambruna en un 70% a las políticas erróneas y el 30% a los desastres naturales. Las colectivizaciones y las políticas que acompañaron el Gran Salto Adelante explican el fracaso y el hambre. Mao temía que Shaoqi fuese el Khrushchev chino que criticara sus políticas y revirtiera el culto a su persona. En el enfrentamiento entre dos tendencias dentro del Partido Comunista había un sector encabezado por Liu Shaoqi que se inclinaba por el modelo ruso de primacía del partido; y otro grupo encabezado por Mao que se apoyaba en el ejército y que buscaba una radical movilización revolucionaria. Mao apela a una revolución permanente del pueblo con sucesivas campañas con el fin de alcanzar el paraíso comunista.

The Cultural Revolution (1962-1976, vol. III)

Dikötter divide este último volumen en cuatro fases. La primera comprende desde el fin del Gran Salto Adelante hasta el inicio de la Revolución Cultural (1962-1966). El presidente Liu Shaoqi contribuye

a una recuperación del país. Mao, sintiéndose señalado por el fracaso y temiendo ser relegado a un segundo plano, lucha contra toda forma de revisionismo y se reafirma como líder cruzando a nado el río Yangtze en 1966. En la segunda etapa, entre 1966 y 1968, los estudiantes, alentados por Mao, atacan a sus profesores con humillaciones, torturas y ejecuciones. La revolución comunista continua se transforma en una búsqueda incesante de artículos burgueses acusatorios e incriminatorios, como libros o literatura occidental, objetos de oro o divisas de otros países. El país

se sume en una espiral de luchas entre distintas facciones. Mao elige como su sucesor a Lin Biao, mientras que Jiang Qing, su cuarta esposa, cobra un creciente protagonismo. Entre 1968 y 1971, en la tercera etapa, los Guardias Rojos conviven con los campesinos en las zonas agrícolas del país con el objetivo de aprender de sus costumbres. Este período acaba en 1971, cuando el avión donde viajaba Lin Biao se estrella en Mongolia. Finalmente, entre 1971 y 1976, y con la salud de Mao deteriorada, se relaja la interferencia del Estado en la vida cotidiana y los campesinos, de modo no oficial, abandonan las comunas para cultivar parcelas privadas y reactivar la actividad económica. La Revolución Cultural es el movimiento promovido por Mao, después del estrepitoso fracaso del Gran Salto Adelante, para poder recuperar el centro del comunismo global y el culto a su personalidad. Desde la muerte de Stalin en 1953, Mao reclamaba el liderazgo del comunismo mundial. Era Mao quien había subyugado una cuarta parte de la humanidad al comunismo, y no Stalin. Y era también Mao quien había frenado a los norteamericanos en Corea, y no Stalin.

Mao despreciaba los intelectuales, pero como Stalin trató de mantener a algunos a su lado como aliados de conveniencia. Un ejemplo es Liang Shuming, un pensador contratado por el departamento de filosofía de la Universidad de Pekín. Su relación pronto se torció cuando Liang defendió los empresarios privados y criticó las reformas colectivistas. Mao le espetó que había dos tipos de asesinos: los que matan con las armas y los que matan con la pluma, y que Liang pertenecía al segundo tipo de asesinos. La cuarta esposa de Mao, Jiang Qing, una antigua actriz, tendrá un papel relevante en la Revolución Cultural. La Revolución Cultural se desencadenaría a través de un ataque a una obra literaria. En

1961, Wu Han, escritor de prestigio, había publicado una obra de teatro, *Hai Rui cesado de su cargo*, en la que se utilizaban personajes de la época de la dinastía Ming para criticar a Mao y aludir su conflicto con Peng Dehuai, que le había criticado. Esto indignó a Mao, que reconoció las alusiones a su persona. Consciente de la hostilidad que despertaba en Pekín, Mao viajó a Shanghai en el verano de 1965, donde hizo un llamamiento a la resistencia frente a la ideología burguesa reaccionaria. Mediante la influencia de Jiang Qing, la edición del Diario del Ejército de Liberación escribía un agresivo editorial en el que atacaba a Wu Han por la deslealtad del argumento. Wu Han reconocía públicamente su error y esto animó a los seguidores de Mao a aumentar la presión. La edición nacional del Diario del Ejército de Liberación pasaba a estar controlada por los seguidores de Mao y, el 18 de abril de 1966, un editorial en ese diario proclamaba el inicio de la Gran Revolución Cultural Socialista. El Diario del Pueblo, principal órgano de expresión del Partido Comunista, estaba también bajo el control de los maoístas.

El objetivo de la Revolución Cultural era preservar el comunismo chino mediante la eliminación de los restos de elementos capitalistas y tradicionales, reimponiendo el pensamiento de Mao Zedong como la ideología dominante dentro del Partido. En opinión de Mao, aunque la burguesía había sido derrocada, todavía estaba tratando de usar las viejas ideas, cultura y costumbres de las clases explotadoras para corromper a las masas, capturar sus mentes y organizar la restauración. El proletariado debía hacer frente a todos los desafíos de la burguesía para cambiar el punto de vista de la sociedad, aplastando a las personas en el poder que toman el camino capitalista, repudiando a los académicos burgueses reaccionarios, y transformando la educación, la literatura y el arte, así como toda la superestructura que no corresponda a la base económica socialista. La Revolución marcó el regreso de Mao a una posición de poder después de los fracasos del Gran Salto Adelante. Para eliminar a sus rivales dentro del Partido Comunista, Mao insistió en que los revisionistas fueran eliminados. Los jóvenes chinos respondieron a la llamada de Mao formando grupos de la Guardia Roja en todo el país. El movimiento se extendió al ejército, a los obreros y al propio Partido Comunista, iniciándose luchas generalizadas entre facciones. Hubo una purga masiva de

altos funcionarios, en particular Liu Shaoqi y Deng Xiaoping. El culto a la personalidad de Mao creció en proporciones gigantescas. En las violentas luchas que siguieron en todo el país, millones de personas fueron perseguidas y sufrieron todo tipo de abusos, incluyendo humillación pública, encarcelamiento arbitrario, tortura, trabajos forzados y, en ocasiones, ejecución. Un gran segmento de la población fue desplazada por la fuerza, en particular se transfirieron jóvenes urbanos a las regiones rurales.

Concretamente, Frank Dikötter cifra en 20 millones las deportaciones de estudiantes entre 1962 y 1978. Se destruyeron reliquias y se saquearon sitios culturales y religiosos. El movimiento paralizó políticamente a China y afectó negativamente tanto a la economía como a la sociedad.

El 18 de agosto de 1966, más de un millón de Guardias Rojos de todo el país se reunieron en la Plaza de Tiananmén en Pekín. Mao se mezcló personalmente con ellos, se colocó también un brazalete rojo y alentó la violencia indiscriminada de miles de jóvenes que abandonaron las aulas para iniciar una campaña de terror y destrucción, sin que la policía interviniera. Peng Dehuai, crítico con Mao, fue llevado a Pekín para ser ridiculizado públicamente. Liu Shaoqi y Deng Xiaoping fueron procesados por aburguesamiento. Uno de los pocos altos cargos del partido que se libró de las purgas fue el primer ministro Zhou Enlai. Wang Rongfen, una estudiante de idiomas de 19 años, después de asistir a un discurso de Lin Biao en la plaza de Tiananmén, envió una carta a Mao señalando que la Revolución Cultural no era verdaderamente un movimiento popular, sino «la manipulación del pueblo mediante un hombre armado con pistola». Fue detenida y encarcelada durante 13 años. El gobierno sufragaba los gastos de los Guardias Rojos, que viajaban por todo el país en su violenta cruzada anticapitalista. La falta de higiene ayudó a propagar epidemias. La más severa fue la de meningitis, que se cobró alrededor de 160.000 víctimas. Se destruyeron bibliotecas, templos, iglesias, mezquitas, monasterios y cementerios. En Shanghai, los Guardias Rojos destruyeron miles de libros de la biblioteca Zikawei, que disponía de un fondo académico de más de 200.000 volúmenes provistos por los jesuitas en 1847. La catedral de San Ignacio, situada al lado de la biblioteca, también fue demolida. La religión era vista como un instrumento

de la clase dominante. El clero fue arrestado y muchos budistas tibetanos fueron forzados a participar en la destrucción de sus monasterios a punta de pistola. Muchas tumbas, incluida la de Confucio en su localidad natal de Qufu, fueron profanadas. Los incidentes y desórdenes generalizados sorprendieron al propio Mao, que veía cómo la situación se le escapaba de las manos. En enero de 1967, Mao ordenó al ejército que interviniera para restaurar el orden, aunque las actividades de los guardias rojos continuarían hasta 1968. A la movilización de los estudiantes seguiría la de los obreros, degenerando el país en una violenta guerra de facciones bendecida por Mao. Se utilizaría el culto a la personalidad del Gran Timonel para unir a todo el pueblo, el partido y el ejército. Se erigieron altares a Mao en escuelas y fábricas. Y el Libro Rojo de Mao se convirtió en el nuevo evangelio comunista.

En el Congreso del Partido Comunista celebrado en abril de 1969, se confirmaba el poder de Mao, reelegido como presidente del Partido y de la Comisión Militar Central, aunque no de la República Popular, que había ocupado Liu Shaoqi hasta octubre de 1968. Su ideología se convertía en la oficial del Partido y del Estado. Lin Biao, por su parte, era elegido vicepresidente del partido y sucesor de Mao. Con todo, Mao prefirió suprimir el cargo de presidente de la República Popular. La suspensión de la jefatura del Estado eliminaba tanto el cargo de presidente como el de vicepresidente, y dejaba al primer ministro Zhou Enlai como máximo dirigente del aparato del Estado, lo cual limitaba de manera considerable el ascenso de Lin Biao. Dada la desconfianza creciente que sentía por Lin Biao, Mao prefería limitarle su ámbito de poder, dejando a Zhou Enlai como hombre fuerte de los aspectos políticos del Gobierno. Cuando Lin Biao intentó hacerse con la presidencia de la República Popular, el enfrentamiento entre Mao y Lin fue total. Lin Biao moriría en un misterioso accidente de aviación cuando intentaba huir de China en 1971. La visita de Richard Nixon a China en febrero de 1972 se utilizará por la propaganda del régimen como una victoria sobre el denominado «tigre de papel». La llamada Banda de los Cuatro, integrada por Jiang Qing y tres colaboradores de ésta en Shanghai, intentó ocupar el vacío de poder que generaba la salud menguante del dictador. Con todo, la muerte de Mao en septiembre de 1976 dejaba la autoridad máxima en las

manos de Hua Guofeng, nombrado sucesor por Mao poco antes de morir. Éste ordenó el arresto de los cuatro integrantes de la banda. Juzgados y condenados, se convirtieron en el chivo expiatorio de todos los males de la Revolución Cultural.

En diciembre de 1978, Deng Xiaoping se convertiría en el líder supremo de China y con él comenzaba una nueva etapa. Quedaba sellada la Revolución Cultural, en la que millones de personas fueron perseguidas, con una cifra de muertes que no se puede precisar, pero que oscila entre cientos de miles y dos decenas de millones. En las llamadas sesiones de lucha, cualquiera podía ser acusado de revisionista y ser objeto de tortura, encarcelamiento, violación, abuso, confiscación de bienes y negación de atención médica. Cientos de miles de personas fueron asesinadas, murieron de hambre o fueron forzadas a trabajar hasta la muerte. Millones fueron desplazadas por la fuerza. Los jóvenes de las ciudades fueron trasladados obligatoriamente al campo, donde abandonaron la educación para ser adoctrinados por las enseñanzas propagandísticas del Partido Comunista. Las personas que no pudieron soportar la tortura o que perdieron la esperanza en el futuro, se suicidaron. El mismo Liu Shaoqi falleció en prisión, supuestamente al negársele la medicación. Si el Gran Salto Adelante había tenido como víctimas a los sectores del medio rural, la Revolución Cultural tuvo como víctimas a la clase intelectual y dirigente del país, contribuyendo a la paralización del desarrollo educativo y tecnológico. Los valores ideológicos desplazaron los contenidos más puramente intelectuales y científicos de las asignaturas académicas, consideradas reaccionarias y burguesas. Una generación entera de jóvenes se vio privada de la posibilidad de una educación que fuese más allá de la repetición de lemas revolucionarios maoístas. Todos los institutos estuvieron cerrados hasta 1970, y la mayoría de las universidades no reabrieron hasta 1972. Las pruebas de acceso a la universidad no fueron restauradas hasta 1977 bajo el mandato de Deng Xiaoping. La generación afectada es apodada como la «generación perdida».

El fracaso de la economía de planificación central y ausencia de propiedad privada fue total y permanente hasta el final de la era Mao. En diciembre de 1975, el 70% de la población en Ziyang sobrevivía con menos de 500 gramos de cereal al día. La inanición fue

muy común en la mayor parte del territorio rural hasta 1976. La situación mejoraba sólo ligeramente en las zonas urbanas. Cuando Mao murió en 1976, más del 20% de la población, 200 millones de personas, sufrían de malnutrición crónica. En Zhaoqing, una cuarta parte de la mano de obra ingresaba menos de 12 yuanes al mes en 1974, cuando el consumo de alimentos mínimo equivalía a 10 yuanes. Las condiciones sanitarias eran pésimas y las mejoras sólo llegarían a partir de 1982, con la abolición del sistema colectivista de comunas. Al final de la vida de Mao y con su salud deteriorada, los intercambios en el mercado negro aumentaron, así como el trabajo en parcelas de tierra privadas. Mientras el precio oficial de la soja era de 0,44 yuanes por kg, en el mercado negro se cotizaba a 2,2 yuanes. Se comenzó a recuperar también la especialización, que estaba prohibida en la era maoísta por sus connotaciones capitalistas. Shantou recupera sus actividades de bordado y Dongli se especializa en la producción metalúrgica de clavos. Los obreros trabajaban en casa y eran pagados por pieza. Obteniendo la materia prima en el mercado negro, y manteniendo la apariencia de la comuna, un buen obrero podía conseguir entre 5 y 10 yuanes diarios. Esto es, el salario de un trabajador agrícola en todo un mes. Por consiguiente, sólo con relajar ligeramente las férreas directrices comunistas bastó para multiplicar la productividad del trabajo. A pesar del terrible experimento maoísta de exterminio de todo ideal y valor burgués, la revolución comunista fracasó estrepitosamente. El pueblo aprendió a fingir y mentir, sosteniendo externamente el culto oficial a Mao y al comunismo, pero manteniendo internamente en sus corazones la llama de los valores tradicionales, que no tardarían en renacer después de la muerte del tirano.